

# Temas varios del Pacífico

## Chile en el bicentenario: el sueño del desarrollo sustentable<sup>1</sup>

DOI: 10.32870/mycp.v6i18.192

Jorge Rojas Hernández\*

“La meta del Chile desarrollado tiene que ver con 12 años de escolaridad, con una red de cohesión social distinta, un sistema de salud diferente, una previsión moderna. En eso consiste un país desarrollado, amén del ingreso por habitante. Un Chile desarrollado avanza en investigación, y creo que Chile está en condiciones de lograr esa meta. Es distinto un Chile que está en Europa, de un Chile que no lo está.”

Presidente *Ricardo Lagos*, entrevista de Raquel Correa, *El Mercurio*, 2 de junio 2002

**E**l sueño de alcanzar el desarrollo Chile siempre ha soñado con llegar a ser un país desarrollado. Hoy seguimos soñando. Pero estos sueños hasta ahora no han dejado de ser sueños. Los sueños no realizados o frustrados tienen en la historia un elevado precio. En los sectores postergados de la sociedad generan grandes expectativas y esperanzas. En los sectores sociales acomodados, que creen ya haber alcanzado el progreso o bienestar, este sueño más bien les quita el sueño y se transforma en una pesadilla. Este sector, minoritario, pero poderoso, siente el sueño como un peligro o amenaza a su propio bienestar e integridad. Esto significa que el sueño no es compartido por todos. Carecemos históricamente de un sentido común. En nuestros proyectos de sociedad siempre estorba o sobra alguien. Por lo general “sobran” los pobres, las minorías indígenas, los jóvenes,

los trabajadores o los que piensan diferente. O los de las regiones.

En nuestra historia de país independiente hemos —o han— intentado progresar con la aplicación de diferentes estrategias. Hemos tratado de desarrollarnos y crecer “hacia fuera”, con la exportación de materias primas; luego, una vez fracasada la estrategia, intentamos crecer “hacia adentro”, industrializándonos. Después, a comienzos de los setenta, se nos agotó la industrialización y el mercado interno, vino la violenta ruptura institucional y nos volcamos de nuevo “hacia afuera”, nos globalizamos, como se acostumbra decir. En eso estamos ahora: creyendo en el mercado mundial.

Con la estrategia de crecimiento “hacia adentro”, soñamos con la elaboración, con agregar valor a los productos y distribuir la riqueza. Llegamos incluso a pensar utópicamente que Chile podría llegar a ser un país más democrático e igualitario. Un país solidario con cobertura educacional, sanitaria y social para la mayoría de la población. Aspiramos a parecernos a Europa, y construir un Estado de bienestar periférico. Aspirábamos a eliminar las causas estructurales que engendraban desigualdades y agudos conflictos sociales. No lo logramos. La historia de este fracaso es conocida.

¿Qué habría sucedido si no hubiésemos fracasado; si Pinochet no hubiese existido en la historia? Nadie se formula esta pregunta, porque parece absurda, ahistórica. Muchos

\* Profesor investigador de la Universidad de Concepción, Chile.

intelectuales, incluso algunos de izquierda, terminaron por aceptar el “agotamiento” del modelo sustitutivo de importaciones y la inevitabilidad de la ruptura, el fin del progreso social y la democracia. Para acumular había que desindustrializar, descolectivizar, despoltizar e individualizar la sociedad violentamente. Había que hacer desaparecer las industrias y los individuos socializados en ellas. Como nadie puede demostrar científicamente lo contrario —a no ser que justifique la necesidad de la violencia—, puedo sostener que el país sin ruptura sería hoy más avanzado, más democrático y justo; probablemente habría aumentado el valor de los productos y de las personas y, por lo tanto, tendríamos un mejor nivel de distribución del ingreso, una mejor calidad y nivel de educación, salud, cultura y vida, un mayor nivel de desarrollo humano, de cohesión social e integración al mundo. Los países que saben conducir sus conflictos y resolver civilizadamente sus problemas son capaces de progresar. La violencia destruye la producción, cultura, confianza, lazos sociales, instituciones, costumbres, redes, tecnología, ciencia, conocimiento, vida humana, continuidad histórica. Luego cuesta décadas reconstruirlo todo, como lo demuestra nuestra historia presente.

Luego llegó el mercado. Sus profetas también nos prometieron el avance. Incluso, antes que el bicentenario, en los ochenta, se decía y creía con gran convicción que sería la década del desarrollo. Pero éste aún no ha llegado. El mercado tiene sus complicaciones. Experimenta crisis y recesiones. Y, lo peor de todo, el mercado no distribuye, no se deja impresionar por los sueños. El sueño máximo del mercado lo constituyen los “equilibrios macroeconómicos”. Si esta utopía se cumple —baja inflación y ajuste de los gastos fiscales— todo anda bien. Hasta aquí llega la historia. La realización de los sueños del mercado pone abruptamente fin a otros sueños ciudadanos.

Pero el mercado tiene también otro sueño complementario que ofrece a los usuarios: el consumo. El que consume se

realiza como persona, propaga el *marketing*. No necesita seguir soñando. Esta realidad se ha metido con fuerza en la conciencia y en el inconsciente del chileno. El consumismo se ha transformado en la mayor motivación de la vida cotidiana. El *mall* forma parte del imaginario social del modelo de consumo chileno. Constituye la democracia del consumo. El *mall* integra lo desintegrado, une lo desunido, pega las clases sociales por algunas horas y da la sensación de que ahora sólo existe una clase social: la chilena o la media comprando: todos marchan unidos bajo el brillo y los guardias uniformados de las sonrientes e iluminadas vitrinas abundantes en marcas y productos. Se trabaja para consumir. Se endeuda para consumir. Se vive para consumir. Y como todo se consume, incluidas las relaciones humanas, la frustración alcanza rápidamente al individuo y a la sociedad.

No se trata, de demonizar el hecho de consumir ni de ser individualista. La crítica apunta más bien a cuestionar el consumismo en tanto que *matriz privilegiada de un modelo de desarrollo*. Esta matriz no nos conducirá a transformarnos en un país desarrollado en el bicentenario.

“El fortalecimiento de la cultura de masas ha ampliado los puntos de contacto de las personas con los circuitos del consumo... No siempre se dimensiona la fuerza con que esta lógica se ha manifestado. Va mucho más allá de la esfera de los centros comerciales y de los estantes de los supermercados. La marca de la sociedad de consumo impera en la política, en cómo elegimos a nuestros alcaldes, a los parlamentarios e incluso al presidente. Las relaciones sociales se han transformado porque la posibilidad de consumir ofrece nuevos espacios y oportunidades para afianzar los vínculos entre personas. Son comunes los paseos familiares y de amigos a los malls, los eventos de promoción y marketing se constituyen en verdaderas plazas públicas y los días de la madre, del padre, del niño y del amor mueven a toda la ciudad a comprar regalos.

“La sociedad de consumo ha modificado las expectativas que genera el mercado del trabajo. Los jóvenes de hoy, a diferencia de sus padres, buscan mejores oportunidades de empleo a expensas de la valorada estabilidad laboral. Miles de profesionales recién titulados deciden trabajar en empresas altamente inestables a cambio de oportunidades para la innovación y el enriquecimiento rápido.

“La mentalidad del consumo ha facilitado la aparición de grupos con identidades diferentes que se reconocen por la ropa, por la música que escuchan, por los lugares que frecuentan, por la tecnología a la que tienen acceso, por los fetiches que compran y por los canales de cable que prefieren. Una ‘tribu’ de jóvenes puede incluso diferenciarse por el color de las zapatillas que lleva o el estampado de sus poleras...

“La lógica del consumo es invasiva. El cálculo costo-beneficio —‘racionalidad económica’— está presente en cada una de nuestras decisiones” (Halpern, 2002: 18-20).

Precisamente, Pablo Halpern en su libro *Los nuevos chilenos* describe muy bien esta matriz consumista que se habría instalado positivamente en la sociedad chilena. El consumo habría adquirido centralidad total que rige no sólo la economía, sino también la política e incluso las relaciones sociales. En otras palabras, el autor pretende —con cierto grado de ingenuidad y superficialidad en el análisis— que la sociedad se construye prácticamente a partir del consumo. El consumo permitiría elegir, preferir lo

inestable, crear identidades, diferenciarnos, escoger presidentes o alcaldes, tejer relaciones sociales; es decir, integrarnos. En realidad no se requiera nada más. La diversidad de la oferta de bienes materiales “ha sustituido a la uniformidad y —para bien o para mal— las utopías colectivas han sido reemplazadas por aspiraciones individuales” (Halpern, 2002: 27). Curiosamente, por arte y magia del mercado, el otrora “odioso” Chile de “los ricos y de los pobres” —como lo remarca este autor— se habría convertido en “varios Chiles”, en la “república diversidad”. ¿Qué les falta a estos nuevos chilenos del consumo? Al parecer, nada. Seguir consumiendo, seguir disfrutando de la diversidad del mercado, seguir eligiendo a alcalde y presidentes conforme a las reglas manipuladoras del marketing. Seguir realizándose en el paraíso

individual de la democracia del mercado. Soñar que se es feliz inserto en la diversidad de las ofertas, aunque sólo signifique mirar los productos desfilan por las vitrinas, utópicamente lejanos del escuálido poder adquisitivo de la mayoría de los soñadores.

Pero volvamos a la historia. Una de las causas principales que explican nuestras reiteradas frustraciones, en la perspectiva de llegar a ser un país desarrollado, puede encontrarse en nuestra *falta de continuidad histórica*. Permanentemente elegimos y descartamos estrategias de desarrollo, sin un previo balance crítico de sus problemas y potencialidades. Pasamos de la explotación de un recurso a otro; a menudo lo explotamos hasta que se agota, sin pensar en como

---

---

**¿Qué habría sucedido si no hubiésemos fracasado; si Pinochet no hubiese existido en la historia? Nadie se formula esta pregunta, porque parece absurda, ahistórica. Muchos intelectuales, terminaron por aceptar el “agotamiento” del modelo sustitutivo de importaciones y la inevitabilidad de la ruptura, el fin del progreso social y la democracia**

---

---

renovarlos o como desarrollar capacidades que aseguren el desarrollo de las generaciones futuras y de actividades alternativas. Nuestras reconversiones son postragedia. Pareciera como que no tuviéramos futuro. Vivimos inmersos en el presente. Del pasado queremos olvidarnos rápidamente. “No nos quedemos en el pasado”, dicen a menudo líderes de distintos colores políticos. La intención es que volquemos nuestra energía para construir el presente desde el presente, para que, en el fondo, aceptemos el presente acríticamente y sin perspectiva histórica. De esta manera podríamos parecer como si todos fuéramos ganadores y perdedores al mismo tiempo, sin memoria histórica ni demasiadas expectativas futuras que engendren nuevas disociaciones asimétricas difíciles de superar.

## Consecuencias de la modernización chilena

Aníbal Pinto, destacado economista chileno, explicó los problemas de desarrollo del país en el pasado con una frase célebre, de profundo contenido. Se refería a dos disociaciones, la primera con base en la existencia de una “contradicción entre una estructura ‘subdesarrollada’ y una organización sociopolítica ‘avanzada’; la “segunda disociación —decía él— era resuelta con el intercambio de materias primas por bienes elaborados y otras importaciones”, lo que también podía resumirse con la frase “somos civilizados para consumir y primitivos para producir” (Pinto, 1985:254-255).

En nuestro proyecto de desarrollo siempre falla alguna base de sustentación. En el pasado, el país tenía una estructura económica “subdesarrollada” y una organización sociopolítica “avanzada” o superdesarrollada. Es decir, éramos muy avanzados en el ámbito social y político, pero atrasados económicamente. Queríamos distribuir la riqueza, hacer justicia social —de hecho se hizo—, pero nuestra base económica era débil e insuficiente.

Hoy habría que leer a Pinto al revés. Chile cuenta con una estructura económica “avanzada” y una organización sociopolítica atrasada o “subdesarrollada”. En otras palabras, gozamos de equilibrios y fortalezas macroeconómicas —admiradas por el mundo— y mostramos fuertes desequilibrios sociales y políticos, criticados localmente. Hoy, a diferencia del pasado, no se quiere redistribuir la riqueza bajo el pretexto de no alterar los equilibrios macroeconómicos y no “atemorizar” a los inversionistas, al subir los impuestos o al aumentar el gasto fiscal, que podría desatar inflación. La ruptura del tejido social, la debilidad del Estado y de los partidos políticos, contribuye a mantener las enormes desigualdades sociales existentes en el país y la mala distribución del ingreso.

Ha habido avances significativos en materia de disminución de la pobreza logrados en democracia, demostrados por las encuestas CASEN, y mejoras en los ingresos familiares entre 1988 y 1997, demostrados por la encuesta de presupuesto familiares del INE. Sin embargo, a pesar de estos progresos, Ffrench-Davis sostiene que:

“No obstante, muestran una distribución también significativamente peor que a fines de los sesenta y un nivel de pobreza aún muy alto. Lo que es concluyente, entonces, es que 1) en los noventa se detuvo la tendencia al deterioro observada durante el régimen de Pinochet; 2) la distribución del ingreso de los noventa fue menos desigual que en los ochenta; 3) la pobreza se redujo sustancialmente; pero, a pesar de este cambio de tendencia en los noventa, 4) el balance neto en estos treinta años muestra que Chile retrocedió en vez de avanzar hacia una mayor equidad. La equidad es parte esencial de la modernización” (Ffrench-Davis, 2001: 257-258).

La distribución del ingreso es todavía una asignatura pendiente del modelo de desarrollo y de la democracia chilena. La discusión que se ha producido en estos días, en torno a la mejora del sistema de la salud, al plan AUGE, muestra cuán difícil resulta lograr

consensos políticos en materias tan fundamentales como la salud. Todo el mundo, empresarios y partidos de gobierno y oposición, coinciden sobre la necesidad de mejorar la salud, pero al momento de analizar su financiamiento se le niegan los recursos. Nadie quiere pagar más impuestos ni hacer aportes solidarios para ayudar a los más pobres. Nadie está dispuesto a “sacrificar” parte de su bienestar en pro de los más desprotegidos. La solución rápida que surge es “hacer más eficientes los recursos existentes” o privatizar bienes del estado.

Esta discusión me hace recordar el debate alemán postunificación. Alemania oriental requería cerca de 100 000 millones de marcos anuales (50 000 millones de dólares) para financiar su reconstrucción. El gobierno demócratacristiano de Helmut Kohl impuso un elevado impuesto a todos los ciudadanos, por diez años. Hubo muy pocos reclamos —salvo de los que estaban en contra de la reunificación— y, de esta manera, con la solidaridad del pueblo, se financió gran parte de la reconstrucción del este alemán. Hoy día subsisten problemas y resentimientos, pero pueden observarse obras de descontaminación, mejora de caminos e infraestructura, reparación de casas, programas de renaturalización (donde había grandes hoyos, dejados por las explotaciones mineras, han surgido lagos. En Leipzig, por ejemplo, hay cerca de cien proyectos de esta naturaleza). Y esto en un país que tenía impuestos superiores a 50 por ciento.

¿Sería pensable en Chile, con impuestos de 18 por ciento, hacer una contribución solidaria significativa para erradicar definitivamente la pobreza y la exclusión social? Indiscutiblemente que sería posible, porque Chile alguna vez fue un país muy solidario y, seguramente, algo de ello le queda aún en su memoria histórica. Sin embargo, el cambio cultural que hemos experimentado —de *individualismo autorreferido*— harían de tal empresa algo difícil y sumamente conflictivo. ¿Qué piensan ustedes al respecto?

A esta realidad se suman las desigualdades regionales. El centralismo que domina desde la creación de la República ha acumulado enormes desigualdades territoriales entre el desarrollo del centro del país y sus regiones. En la actualidad conviven o coexisten en un mismo territorio países o regiones diferentes. Ello está motivado esencialmente por una mala distribución del poder político. Más allá del eufemismo de la “desconcentración” del poder —que aflora permanentemente en seminarios sobre descentralización—, la verdad es que el país ha experimentado una fuerte concentración económica y política, que perjudica el desarrollo sostenido y sustentable de las regiones.

El país ha modernizado su economía y parte de su infraestructura (cada invierno, en especial el actual, dejan al descubierto la enorme vulnerabilidad de la infraestructura de las ciudades, especialmente de Santiago). Sólo para lograr evacuar las aguas de la lluvia, se requieren en Santiago más de 1 000 millones de dólares. ¿De dónde saldrán estas inmensas sumas? ¿Se concesionarán a privados? ¿Se imaginan ustedes pagarles a compañías privadas para evitar que las aguas de las lluvias entren a sus casas o que causen trágicos aluviones, como ocurrió en un cerro de Valparaíso que cobró dos vidas?

¿No será que necesitamos más Estado democrático y menos mercado autoritario? ¿Más sociedad y más comunidad? ¿Más responsabilidad y recursos públicos? ¿Quién puede protegernos de los cambios climáticos, del fenómeno del niño, de las catástrofes naturales cada vez más frecuentes, de la contaminación atmosférica en la región metropolitana, de las enfermedades catastróficas, de la crisis de la remolacha, de la “marea roja”, de la competencia desleal, del colapso de los vertederos? ¿El mercado o el Estado socialmente responsable?

## El nuevo Chile del mercado

Sin duda, el país ha experimentado progresos importantes. Pero lo que aún no se moderniza es el estado y la sociedad. Crece la economía y parte de la infraestructura, especialmente aquella que es funcional para sacar los productos hacia el mercado, necesaria para que crezca la economía, para que circulen los bienes y productos económicos, pero no una infraestructura que contribuya a mejorar la calidad de vida o la planificación de la ciudad con mayores áreas verdes y paisajes urbanos que hagan más agradable la vida de los ciudadanos urbanos, estresados por largas jornadas de trabajo e incomunicación social.

La economía crece, pero la sociedad no. La gran tarea pendiente del desarrollo es la modernización de la sociedad. Mientras ello no ocurra, nuestra modernización se mantendrá trunca. Más aún, la no-modernización de la sociedad puede frustrar el proyecto más amplio de modernización del país.

El informe reciente de Desarrollo humano en Chile, preparado por el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) confirma estas aseveraciones. En efecto, el informe constata:

*El vaciamiento de una identidad colectiva:* sólo un 42 por ciento de los entrevistados responde que “lo chileno está en nuestras costumbres, valores”. Mientras que un 28 por ciento responde que “hoy en día es difícil decir qué es lo chileno”, y un 30 por ciento sostiene que “no se puede hablar de lo chileno, todos somos distintos” (Informe PNUD, 2002: 65). Es decir, la mayoría de los chilenos experimenta un desconcierto frente a su identidad, no sabe que es ser chileno. El “nosotros” ha quedado disuelto en el proceso de modernización.

En relación con los cambios experimentados por la sociedad chilena también se observa una respuesta desconcertante, aunque entendible. El 33 por ciento de los entrevistados se declara “chileno

orgullosa”, 38 por ciento “chileno inseguro”, y 29 por ciento “chileno molesto” (Informe PNUD, 2002: 19). Ahora bien, 68 por ciento de los chilenos que se reconocen inseguros declaran que “es más lo que hemos perdido” con los cambios; mientras que los que se reconocen como “chileno molesto”, 66 por ciento, declara que con los cambios “es más lo que hemos perdido” (Informe PNUD, 2002: 72). Es decir, los chilenos “inseguros” y “molestos”, que constituyen 67 por ciento de los entrevistados, declaran estar insatisfechos con los cambios que se han producido en el país. Nos referimos obviamente a los cambios impulsados por el proceso de modernización, especialmente de la economía.

Además, los cambios del país aparecen desfigurados, sin dirección a los ojos de los chilenos. La percepción de la falta de sentido de los cambios es compartida por los diferentes tipos de chilenos. Frente a la pregunta, “los cambios tienen una dirección clara”, sólo 35 por ciento del “chileno orgulloso”, responde afirmativamente; 10 por ciento del “chileno inseguro” y 7 por ciento del “chileno molesto”, afirman lo mismo. La inmensa mayoría no reconoce un sentido claro a los cambios. La alternativa “son cambios sin brújula, no tienen sentido”, obtuvo 27, 45 y 29 por ciento de aceptación por el chileno “orgulloso”, “inseguro” y “molesto”, respectivamente. Y la alternativa aún más fuerte “a pesar de los cambios, las cosas son iguales”, obtuvo 45, 44 y 63 por ciento de aceptación por el chileno “orgulloso”, “inseguro” y “molesto”, respectivamente (Informe PNUD, 2002: 72).

Estas expresiones son complementadas por otras, como frente a la pregunta: “¿La mayoría de la gente con poder trata de aprovecharse de usted?”, 58 por ciento de los chilenos “orgullosos”, responden afirmativamente, mientras que lo mismo responden 65 por ciento del “chileno inseguro” y 67 por ciento del “chileno molesto” (Informe PNUD, 2002: 74). Es decir, la sensación de ser utilizado o instrumentalizado por alguien que tiene más poder es un sentimiento bastante



generalizado entre los chilenos. A ello se une un fuerte sentimiento de “impotencia” o marginalidad frente a las decisiones políticas, lo cual queda reflejado en las respuestas a las siguientes frases: “La opinión de gente como usted no cuenta mucho en el país” (65 por ciento) o “La gente como usted se siente marginada de lo que pasa alrededor suyo” (37 por ciento) o “Los políticos están realmente preocupados por lo que usted le pasa (13 por ciento) (Informe PNUD, 2002: 112).

La *racionalidad orientada a fines* o instrumental de la que nos habla Habermas, al analizar los estudios de Weber (Habermas: 1999: 285-316) que ha impregnado el desarrollo del sistema capitalista en el mundo, y que ha obstaculizado y desvirtuado la interacción comunicativa y humana entre las personas y, por ende su emancipación y realización, se ve claramente reflejada en el curso actual del desarrollo del capitalismo chileno.

Preocupante es también el bajo nivel de adhesión a la democracia de los chilenos (45 por ciento), inferior a los argentinos (57 por ciento), mientras que 32 por ciento se declara “indiferente” frente al régimen democrático (Argentina: 21 por ciento). No es que la adhesión al autoritarismo sea muy alta (18 por ciento, igual a Argentina), el problema lo constituye el hecho de que a un tercio de la población le da prácticamente lo mismo la democracia o no se identifica con ella.

También preocupa el sitio que la familia ocupa en la vida del chileno. Un 31 por ciento de los entrevistados considera que la familia es “una institución en crisis”, 28 por ciento la considera “una fuente de tensiones y problemas”, 24 por ciento “un refugio frente a los problemas”, y sólo 15 por ciento “un lugar de amor” (Informe PNUD, 2002: 20). Esto significa que en la percepción de la mayoría de los chilenos, la familia se encuentra en crisis como institución básica de socialización, como lugar donde se transmiten valores y principios de convivencia e integración social. El informe consta al mismo tiempo el proceso de “individualización” y al “consumismo”, como

tendencias culturales que dominan el imaginario modernizante de la sociedad chilena.

Estas tendencias al individualismo y consumismo, señaladas por el Informe del desarrollo humano 2002, no son nuevas ni ajenas a estudios anteriores realizados sobre Chile. En efecto, estas tendencias surgieron a fines de los setenta y comienzos de los ochenta, como consecuencias del programa de “modernizaciones”, impulsado por la dictadura militar y los llamados *Chicago boys*. Las llamadas modernizaciones (de la educación, salud, seguro social, leyes laborales, etcétera), proclamadas a fines de los setentas, tenían como objetivo central crear las condiciones para despolitizar e individualizar la sociedad chilena.

“El nuevo sistema de dominación busca reemplazar las formas de participación política, social y cultural que tuvo el pueblo chileno bajo el estado de bienestar social, mediante una participación individual gradual en la ruleta del mercado... Privatizar la sociedad, atomizarla, destruir desde sus raíces las organizaciones sociales y las expresiones comunitarias o colectivas. El proceso de individualización en la sociedad implicaba el enaltecimiento de lo individual frente a la cooperación social. Lo comunitario o colectivo se le identificaba con el ‘retroceso’ o el ‘socialismo’... La privatización de la sociedad y de los individuos está estrechamente vinculada a la privatización de los medios de producción, constituye su forma de legitimación social” (Rojas, 1982: 139 -144).

Estos y otros antecedentes históricos y culturales que completan el diagnóstico de la vorágine modernizadora, plantean preguntas vitales sobre el curso que podría seguir la evolución de la sociedad chilena. Plantea problemas y desafíos difíciles de enfrentar y resolver en el corto plazo, en la perspectiva justamente del desarrollo en vista del bicentenario.

## Dos modelos de sociedad y de globalización: ¿cuál seguirá Chile?

En los países avanzados se enfrentan dos modelos de respuesta al desarrollo actual del capitalismo. Ambos implican economías tipos de Estado distintos: uno es modelo llamado “renano” y otro el “angloamericano”. El primero se ha desarrollado especialmente en Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos, escandinavos, y con base en un *pacto o concertación social* entre el trabajo y el capital y la existencia de un Estado de bienestar que proporciona un sistema de educación pública, de pensiones y de prestaciones de salud. Por su parte, el modelo “angloamericano” es el que se aplica actualmente en Estados Unidos y en el Reino Unido y privilegia el capitalismo de libre mercado, establece la subordinación de la burocracia estatal a la economía y, por lo tanto, tiende a debilitar o privatizar la red de seguridad social (Sennett, 2000: 54-55). El modelo “renano” —sostiene Sennett— tiende a frenar el cambio cuando perjudica a los ciudadanos con menor poder, mientras que el régimen angloamericano se inclina más hacia los cambios en la organización y en las prácticas laborales, aunque los más débiles tengan que pagar un precio por ello.

El modelo angloamericano, con baja tasa de desempleo, presenta una creciente desigualdad en los salarios. El economista Simón Head ha calculado que para 80 por ciento del tramo inferior de la población activa americana, los sueldos medios semanales (ajustados a la inflación) cayeron 18 por ciento de 1973 a 1995, mientras que los percibidos por la élite empresarial aumentaron 19 por ciento. En el Reino Unido, *The Economist* calculó recientemente que el 20 por ciento superior de la población activa gana siete veces más que 20 por ciento del tramo inferior, mientras que hace 20 años la diferencia sólo era de cuatro. En cambio, en los regímenes renanos la brecha de los salarios no ha aumentado tanto en la última generación, pero el desempleo se ha vuelto una maldición (Sennett, 2000: 56). Al modelo angloamericano se le identifica con el “neoliberalismo”, con la desregulación, la

privatización y la flexibilidad laboral, mientras que al renano se le identifica con el “capitalismo de Estado”, con el pacto intergeneracional y la regulación social.

Ambos modelos enfrentan, con estrategias diferentes, el proceso de globalización. Para competir en mejores condiciones, el modelo angloamericano flexibiliza las relaciones capital/trabajo, precarizando el trabajo. Las empresas se fusionan y racionalizan, y despiden personal. Gracias a la informática y a la “reingeniería”, en Estados Unidos, la reducción de plantilla ha afectado desde 1980 a 1995 entre 13 —según cálculos bajos— y 39 millones de trabajadores americanos que perdieron su trabajo. Estas reducciones se traducen en un aumento de las desigualdades salariales, pues sólo una minoría de los despedidos de mediana edad han encontrado otro trabajo con salario igual o superior al que percibían (Sennett, 2000: 50). El Estado permite este proceso de deterioro del trabajo al no regular. El principio motor del dinamismo económico es “nada a largo plazo”, ningún compromiso, sin pactos sociales. Esta estrategia del nuevo capitalismo de corto plazo —según Sennett— *amenaza con corroer el carácter de las personas*, “en especial aquellos aspectos del carácter que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos una sensación de un yo sostenible” (Sennett, 2000: 25).

Los países que practican el modelo renano tratan de enfrentar la globalización con una estrategia de cooperación entre el Estado, los trabajadores y los empresarios. En el caso de Europa ello se manifiesta en un traspaso de facultades y soberanía a la Unión Europea, en la perspectiva de un futuro federacionismo europeo. En estos países, el Estado social todavía goza de una gran legitimidad social y política, no obstante los problemas de financiamiento y de deterioro que presenta el sistema de servicios públicos, especialmente el de pensiones, así como los elevados niveles de desocupación existentes. El modelo angloamericano conduce a la disolución o fragmentación de la sociedad, al debilitar los



sindicatos y fomentar el cortoplacismo, la flexibilidad y la desinstitucionalización. Los individuos pierden sentido de compromiso, arraigo e identidad, lo que afecta directamente la cohesión e integración de la sociedad. La aplicación de la estrategia del “nada a largo plazo” y flexibilización del trabajo produce individuos “suelos”, carentes de referente social, lo que hace propicio el surgimiento de la envidia —disfrazada de competencia—, la agresividad contra el otro y la violencia —de modalidades y escalas diferentes— como mecanismo de regulación de las relaciones sociales.

¿Cuál de estos modelos y estrategias seguirá Chile? Hasta se inclina más bien hacia el modelo anglosajón. De persistir en esta vía, conforme a su lógica «desigualadora», difícilmente alcanzará el desarrollo. Las posibilidades se sitúan mas bien en un cambio de timón, en un cambio hacia la vía «renana».

El destacado economista chileno Ricardo Ffrench-Davis, al realizar un balance sobre la situación de Chile, menciona diez desafíos que debe enfrentar el país para superar sus problemas de atraso: 1) recuperar un entorno macroeconómico para el desarrollo sostenible; 2) desarrollar dinamismo y nuevos rubros exportables; 3) realizar esfuerzos de integración a los mercados de América Latina (Mercosur), como modo de hacer globalización; 4) impulsar políticas de reconversión, preventivas; en este sentido sostiene que la minería y la agricultura requieren de mayor reflexión y acción oportuna de apoyo; 5) aumentar la inversión e innovación productiva, fomentando el ahorro interno; 6) la inversión en capital humano es clave para lograr un crecimiento con equidad, la reforma educacional constituye sólo un paso inicial; se requiere dar un salto cualitativo y debe hacerse con los profesores; 7) el tema ambiental es inherente al proceso de modernización, debe integrarse a las políticas publicas, enfatizando la prevención, sustentabilidad en el tiempo y bienestar de la gente; 8) la distribución del ingreso es desigual, Chile debe acentuar los esfuerzos en mejorar la calidad y alcance del

gasto social, llegar con eficiencia a la pobreza dura, eliminar la posibilidad de que un joven inteligente no tenga buena educación porque es hijo de pobre; 9) se necesita una reforma del Estado, profesionalizando la administración pública, y 10) es necesario *repensar* Chile, con la perspectiva de los desafíos para el bicentenario en 2010. La calidad e intensidad de la reflexión sobre Chile se han debilitado, paradójicamente, junto con el retorno a la democracia (Ffrench-Davis, 2001: 56-66).

Todos estos desafíos son complejos e importantes si se quiere avanzar hacia el desarrollo.

¿Logrará Chile el desarrollo en el bicentenario?

Nada indica que ello ocurrirá rápidamente. El desarrollo no es algo que se logra en forma automática. Es falso pensar que el desarrollo depende sólo del crecimiento económico, como con frecuencia se argumenta en Chile. No basta tener buenos índices macroeconómicos ni inserción económica mundial para que el milagro del desarrollo se produzca. “A pesar de los cambios, las cosas podrían seguir igual”, sostienen la mayoría de los entrevistados analizados en el Informe de desarrollo humano, del PNUD. De hecho sabemos que hay datos duros, realidades duras al modelo de desarrollo, que con dificultad se superarán, a no ser que se produzcan importantes reformas, cambios más profundos. Así, por ejemplo, existe una desocupación estructural, agravada por el hecho de que ahora se puede crecer económicamente sin crear nuevos puestos de trabajo, como ha ocurrido en los últimos años. Se racionalizan los procesos productivos al introducir nuevas tecnologías, las que ahorran trabajo. Se aumenta la productividad al reorganizarse el trabajo, lo que también se traduce en disminución de los empleos existentes. Además, muchos de los nuevos empleos creados son precarios, como lo confirma la CEPAL. En otras palabras, el modelo económico adolece de *problemas de calidad en el trabajo*, lo que conspira

abiertamente contra los deseos de alcanzar el desarrollo. La calidad del trabajo es un indicador fundamental del nivel de desarrollo humano de una sociedad: trabajos de calidad, debidamente protegidos y dignos, generan integración y cohesión social y, por lo tanto, son base del desarrollo y de la estabilidad social.

La buena educación es otro indicador fundamental de desarrollo. No obstante los esfuerzos de la reforma educacional, el país adolece aún de *graves problemas de calidad educacional*, especialmente en el ámbito de la educación pública. Es difícil superar problemas de calidad que se arrastran por décadas. Postergación del magisterio y la absurda municipalización de la educación, que más que una reforma fue un traspaso irresponsable de una tarea del Estado a municipios sin recursos ni experiencia educacional. Prueba de ello es que aún persisten deudas provisionales a los profesores, que se arrastran desde comienzos de los ochenta, y fuertes diferencias en infraestructura y calidad pedagógica entre escuelas municipales de diferentes comunas, así como su abismal separación con la educación privada. Los problemas de calidad se agravan en la medida que nos alejamos de las grandes ciudades, que incursionamos en las regiones, en las comunas pobres o en las zonas rurales. No debieran existir diferencias sustanciales entre una escuela rural, una urbana de una ciudad media o las de la metrópoli de Santiago o de las regiones. La educación entrega valores, da sentido de localidad, región y país y, por lo tanto, integra la sociedad en su rica diversidad geográfica, productiva, social, étnica y cultural.

La buena o mala educación es un indicador de desarrollo o atraso. En este sentido, hay muchas evidencias de atraso y de lo mucho que falta por hacer para alcanzar siquiera los umbrales del desarrollo. Aún cuando alcancemos los doce años de educación obligatoria —que sin duda será un gran avance— ya otros países nos habrán superado. Las sociedades actuales se definen como

“sociedades del conocimiento”, lo que significa que la educación lo es todo. Nada se logra sin educación. Se requiere, por lo tanto, mucho más conocimientos para agregar valor a nuestros productos y a los ciudadanos.

La garantía de acceso a la salud para todos es también imprescindible para asegurar la integridad física de la población. Este tema, junto con la erradicación de la pobreza dura, fue el centro del discurso del 21 de mayo del presidente Lagos, y se encuentra en el centro de la discusión pública. Las enormes deficiencias de atención sanitaria constituyen también un desafío actual del desarrollo.

La universidad forma parte del sistema educacional. Por lo tanto, requiere también de un fuerte respaldo público. Los jóvenes deben tener oportunidades para ingresar a la universidad, independientemente de sus orígenes sociales y de la solvencia económica de su familia. Debe también impulsarse con fuerza la investigación y el desarrollo tecnológico, especialmente en las regiones. El centralismo de los recursos en investigación y tecnología perjudica el desarrollo del conocimiento regional, indispensable para fomentar el desarrollo regional.

El cuidado de los recursos naturales y del ambiente constituye también un indicador fundamental de desarrollo. Su sobreexplotación pone en peligro su existencia y genera depredación natural y social. Los recursos naturales son escasos, aunque se tiende a creer que son ilimitados. Un ambiente libre de contaminación contribuye a mejorar la calidad de vida. Chile tiene serios problemas al respecto. La modernización de la economía y de la infraestructura ha implicado —y sigue haciéndolo— fuertes intervenciones de los sistemas naturales y de las comunidades humanas. El país progresa, pero al mismo tiempo deteriora sus condiciones de vida. Progreso y malestar van de la mano, sobre todo si se siguen viejos modelos depredadores del pasado. El desafío del desarrollo humano consiste en progresar, pero al mismo tiempo

incrementar el cuidado de los recursos naturales y mejorar la calidad de vida.

Además, no debemos olvidar otros déficit importantes del desarrollo: la *participación ciudadana* y la *governabilidad regional*. El centralismo autoritario que construyó desde el Estado la nación chilena ya no se justifica, si es que alguna vez tuvo sentido. Ya no puede construirse un país desde el centro, desde el valle central. La globalización ha desperfilado los Estado-nación y Chile no es la excepción. El monopolio de las decisiones políticas centrales sólo apunta a reproducir una casta o burocracia sociopolítica —con apoyo tecnocrático— que no es capaz de comprender ni resolver los complejos y particulares problemas que afectan a las regiones y localidades. Su manutención se traduce en decisiones tardías, en la falta de resolución de graves problemas o en decisiones equivocadas, que no toman en cuenta la opinión de las regiones ni la de los ciudadanos, cada vez más informados y deseosos de participar. El exceso de centralismo no resguarda la existencia de la república unitaria, como se suele argumentar, sino los intereses del centro. La república unitaria no está en peligro en el regionalismo, sino en el ciego centralismo.

Para hacer posible el desarrollo necesitamos reconstruir las redes comunitarias y la sociedad sobre la base de la cooperación y de la solidaridad intergeneracional, como lo hicieron los países desarrollados de Europa. Estamos lejos de ser un verdadero “socio 16” de la Unión Europea. Se nos presenta una enorme oportunidad de alcanzar el desarrollo, pero primero debemos superar de raíz los problemas enunciados. Debemos superar la envidia y el egoísmo social que dominan la acción de los grupos de poder. Debemos empezar a reconocer la existencia y necesidades del otro. Dejar de pensar autoreferidamente, encerrado en el interés de la clase social de pertenencia, sin pensar en la región, en la gente, en la naturaleza ni en el país.

Es posible alcanzar el desarrollo en el bicentenario, pero es una tarea titánica y, sobre todo, generosa.

¿Alcanzará nuestra región el desarrollo en el bicentenario?

El progreso implica la existencia de localidades y regiones desarrolladas, como condición del avance del país. Para ello es indispensable que las regiones se autogobiernen, que elijan democráticamente a sus gobiernos regionales e instancias más amplias. De esta manera tendremos regiones marítimo-costeras, montañosas, agroindustriales, mineras, indígenas, metropolitanas, australes, de la Patagonia, etcétera. Estas regiones, caracterizadas por particularidades territoriales, productivas, sociales y culturales, pueden, a partir de las vocaciones de sus territorios y de su población, construir y fortalecer sistemas económicos, educacionales y políticos que fomenten su desarrollo endógeno multidiverso. De esta multidiversidad surgirá el proyecto nacional de país y la identidad nacional necesaria para ingresar al mundo desarrollado, desde la competitividad territorial cooperativa.

La región del BioBio es una de las más atrasadas y pobres del país, no obstante la diversidad de sus recursos naturales, su historia original y su rico capital humano. Su crecimiento es inferior a la media nacional, como lo consigna el documento “Estrategia regional de desarrollo”:

“La economía regional, medida a través del Producto Interno Bruto, ha tenido un crecimiento inferior al promedio nacional, tanto en el quinquenio 1985-1990, como en el período 1990-1997. En efecto, las tasas de crecimiento promedio anual en el ámbito nacional fueron de 6.7 y 7.7 por ciento, respectivamente, en los períodos indicados; en tanto las de la región se mantuvieron en el 4.4 por ciento, para ambos periodos [...] La participación de la región en el producto bruto total ha presentado una lenta disminución, que ha pasado de 10.1 por ciento en 1986, a 9.2 por

ciento en 1990 y, a 7.2 por ciento en 1997” (Estrategia regional de desarrollo 2002- 2006, Gobierno regional de BioBio, Concepción, 2000: 25).

Los índices de pobreza e indigencia son superiores a los promedios nacionales. Según los datos de la última encuesta CASEN, en el 2000 el país contaba con 20.6 por ciento de pobres, de los cuales 5.7 por ciento son indigentes. Por su parte, la región del BioBio contaba en 2000 con 27.1 por ciento de pobres, de los cuales 8 por ciento son indigentes. Los niveles de pobreza de la región corresponde a los que tuvo el país en 1994 (Encuesta CASEN 2000). Es decir, marchamos a la zaga del país.

Estos datos significan que nuestro camino hacia el desarrollo es aún difícil y, probablemente, más largo que el de otras regiones y del país en general. Ello obliga a pensar más en estas zonas, en sus problemas y en sus potencialidades, para desarrollarlas y favorecer la calidad de vida de la población. Ello obliga a dar pasos decisivos en la descentralización del Estado y de las regiones. Para ello se necesita, sobre todo, decisión política y confianza, mucha confianza en nosotros mismos, en nuestras capacidades y en nuestra gente. He aquí nuevos desafíos para la universidad y para todos los actores sociales de la región y localidades.

Mardones (1986, 1992) describe las unidades ambientales del sistema físico de la región del BioBio, desde una perspectiva de la geografía, e identifica los ambientes naturales homogéneos del territorio. El paisaje regional está configurado por cinco espacios naturales homogéneos del territorio: Sistemas Naturales Andinos, Sistemas Naturales Piemontanos, Sistemas Naturales de la Cordillera de la Costa y Sistemas Naturales Insulares (Parra *et al.*, SERPLAC, 1999: 8).

En torno a estos paisajes y sistemas naturales se organiza y estructura la vida económica, social y cultural de la región. La globalización y el modelo económico de corte neoliberal han producido alteraciones en el

paisaje regional. La sustentabilidad regional no se encuentra asegurada. Este territorio cuenta con abundantes recursos hídricos, pesqueros, agrícolas, agroindustriales, industriales, vitivinícolas, bosques, forestales, energéticos, paisajísticos, turísticos y universitarios, propicios para el desarrollo. Sin embargo, los sistemas naturales se encuentran fuertemente sometidos a presiones ambientales, especialmente los hídricos. Dichos sistemas naturales requieren de mayores regulaciones para asegurar su preservación y su impacto positivo en la calidad de vida de los habitantes de la región.

Tampoco debemos olvidar a los pueblos indígenas, a la etnia pehuenche que ha vivido por siglos en esta región. Más allá de los conflictos coyunturales, su presencia debe evocarnos la vida en comunidad y el respeto a la naturaleza. Debemos aprender a vivir en una sociedad multicultural, tolerante y respetuosa de la diversidad cultural. En la medida que aprendamos a conocer y vivir en la biodiversidad de la naturaleza y en la interacción multicultural de los pueblos, podremos reconciliarnos con nosotros mismos y con el medio natural. De esta manera podremos entrar a la modernidad desde la complejidad.

La globalización plantea nuevos desafíos. Ya nadie puede pensar en competir sólo: ni empresas ni Estado ni los individuos por separado. La confianza, la cooperación, la interacción y una sociedad regional y nacional, unida en tejidos sociales, en valores y principios humanos comunes, pueden multiplicar y potenciar la energía suficiente como para avanzar hacia una sociedad más desarrollada, sustentable y feliz.

## Notas

- 1 Clase magistral dictada en la sede Los Ángeles, de la Universidad de Concepción, en el marco de la celebración del Mes del Medio Ambiente, 5 de junio de 2002. Este artículo se escribió en el marco del proyecto de investigación “Atlas socioambiental del Gran Concepción: contaminación de ecosistemas, segregación social y calidad de vida urbana» (2000-2003), patrocinado por el CONICYT y el BMBF (Ministerio de

## Temas varios del Pacífico

Educación e Investigación Alemán), y realizado en forma conjunta por investigadores del Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile, de la Universidad de Concepción y del Centro de Investigaciones Ambientales de Leipzig (UFZ), Alemania.

### Bibliografía

- CASEN (2000) "Pobreza e indigencia e impacto del gasto social en la calidad de vida". Informe ejecutivo. Mideplan, Santiago, julio de 2001.
- Correa, Raquel (2002) "Lagos, enfrenta las críticas. El presidente ante temas económicos, sociales y políticos". Diario *El Mercurio*. Santiago, 2 de junio de 2002.
- Ffrench-Davis, Ricardo (2001) *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad*. Dolmen. Santiago, 2001.
- Habermas, Jürgen (1999) *Teoría de la acción comunicativa, I*. Madrid: Taurus.
- Halpern, Pablo (2002) *Los nuevos chilenos y la batalla por sus preferencias*. Santiago: Planeta.
- Pinto, Anibal (1985) *Inflación. Raíces estructurales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PNUD (2002) "Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural 2002". Santiago de Chile.
- Rojas, Jorge (1982) "Der Konsum oder die Kommerzialisierung der Gesellschaft (El consumo o la comercialización de la sociedad)", en Ever Tilman, Clarita Klau Mechkat y Urs Mueller-Plantenberg, *Lateinamerika Analysen und Berichte* 6. Berlín: Verlag Olle & Wolter.
- Rojas, Jorge (2000) "La sociedad chilena postdictatorial: entre la modernización y el imaginario democrático", *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, núms. 6-7. Universidad Católica, Cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago, noviembre de 2000.
- (2000) "Estados-nación en el nuevo capitalismo global: confines de la democracia, subcontratación y derechos ciudadanos", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias sociales*, vol. 8, núm. 1, Caracas, enero-abril de 2002.
- Sennett, Richard (2000) *La corrosión del carácter, las*

*consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.

SERPLAC Región del BioBio (1999). "Síntesis ambiental prospectiva del territorio de la región del BioBio: sistemas naturales claves" (O. Parra y otros, Centro EULA, Universidad de Concepción). Serie Estudios Prospectivos. Documento núm. 4, Concepción, mayo de 1999.

SERPLAC (2000) "Estrategia Regional de Desarrollo Región del BioBio", Concepción.

1 Clase magistral dictada en la sede Los Ángeles, de la Universidad de Concepción, en el marco de la celebración del Mes del Medio Ambiente, 5 de junio de 2002.

Este artículo se escribió en el marco del proyecto de investigación "Atlas socioambiental del Gran Concepción: contaminación de ecosistemas, segregación social y calidad de vida urbana" (2000-2003), patrocinado por el CONICYT y el BMBF (Ministerio de Educación e Investigación Alemán), y realizado en forma conjunta por investigadores del Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile, de la Universidad de Concepción y del Centro de Investigaciones Ambientales de Leipzig (UFZ), Alemania. 